B. Martín Sánchez

EL NIÑO Y LA EDUCACION

La madre... y la escuela

Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él (Prov. 22, 6).

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 34 - 41003 SEVILLA

12.—

ISBN: 847770-648-4
D.L.: Gr. 2.421-04
Impreso en España
Con licencia eclesiástica

AMIGOS LECTORES

Me he movido a escribir este libro, que dedico especialmente a los padres, a los maestros e instructores de niños, porque el tema de su educación e instrucción es de gran transcendencia, por cuanto nuestra sociedad vendrá a ser el día de mañana lo que sean los niños de hoy.

El niño es una planta delicada, que requiere mucho cuidado para que no se vea pervertido, que es lo que intentan hoy muchos enemigos de la religión.

Hemos de salir al frente de métodos que ofrecen una educación que no es apropiada para el niño, pues como veremos es un verdadero atentado a la inocencia y un atropello a la moral del mismo, por venir a arrastrarlo más al vicio que a la virtud.

El niño a la vez que crece en edad, se debe procurar el hacer que crezca también en virtud. De aquí que haya que velar por él a fin de que no se deforme por el ambiente malsano en que vivimos.

El niño se forma o se deforma desde sus más tiernos años en el hogar, en la calle, en la compañía de otros niños o en la misma escuela o colegio a que empieza a ir si no es bueno.

El hogar y la escuela es donde se debe educar el niño y el joven..., y a su verdadera formación

ha de contribuir el que se vea rodeado de personas ejemplares: los padres, los maestros o instructores..., porque lo que en ellos ve, eso imita. «Por su parte —dijo el Papa en España— los maestros y educadores católicos pueden tener también en el campo religioso un papel de primera importancia. En ellos confían tantos padres y confía la Iglesia para lograr esa formación integral de la niñez y juventud, de los que en definitiva depende que el mundo futuro esté más cerca o más lejos de Jesucristo.»

La lectura de este libro os hará ver la importancia que tiene la formación de los jóvenes desde su más tierna edad.

BENJAMÍN MARTÍN SÁNCHEZ

Zamora, noviembre 1985.

LA EDUCACION DEL NIÑO

El niño y su porvenir

El niño es un capullo humano, la alegría del hogar y el consuelo de la vejez, la esperanza de la religión y de la patria.

«En cualquier cuna en que se acueste un niño, bien esté construida con preciosos metales, adornada con finos encajes y cubierta con ricos damascos, bien sea improvisada con sencillas tablas, desprovista de todo adorno, allí hay un futuro hombre bueno o un perverso; y, en ocasiones allí está el porvenir de un pueblo o el azote de la humanidad» (Delgado Campeáns).

«Un niño es un "valor" de precio infinito confiado por Dios a sus padres, valor humano... valor divino... valor eterno» (Courtois).

El niño, por ser niño, no es sujeto de deberes por faltarle el uso de la razón, sino de derechos... La madre es la primera que tiene la obligación de evitar fatigas excesivas, y todo lo que puede causar la muerte del feto en su seno, pues el niño ya desde el comienzo de su vida embrionaria, es un ser distinto de la madre y, aunque necesita de ésta para seguir viviendo, ya antes de nacer es una persona humana, tanto como su padre y su madre..., y después de nacer el niño los padres están obligados a cuidarse de la vida, del susten-

to, del vestido y de la educación integral del nuevo ser que han puesto en el mundo.

Hay que educar bien a los niños ya desde pequeñitos, porque «los destinos de un pueblo se ligan con la educación de la primera edad; el porvenir de la sociedad depende principalmente de la buena educación de los hijos» (Gibier).

«Siempre se ve que es más fácil inclinar y encaminar el arroyo cuando está pequeño por junto a su nacimento, que después, cuando va más crecido y se ha juntado con otros ríos; y un roble o encina, cuando chicos, fácilmente se arrancan de cuajo, pero cuando han crecido, aún para cortarlos hay dificultad» (Hernando de Santiago).

La conquista del niño

En el Evangelio vemos que Jesús alaba a los niños y los ama, y así dice: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí y no se lo impidáis, porque de ellos es el reino de los cielos*» (Mt. 19, 14). «*Quien escandalizare a uno de estos parvulillos, mejor le sería que le colgasen del cuello una piedra de molino, y así fuese sumergido en el profundo del mar*» (Mt. 18, 6). Aún más: El que acogiere a un niño en nombre de Jesús, a Él le acoge (Mt. 18, 5), y Jesús también propone a los niños como modelos: «*En verdad os digo que si no os volvéis y hacéis semejantes a los niños* (en la humildad, sencillez e inocencia), *no entraréis en el reino de los cielos*» (Mt. 18, 3)...

«El niño es un hombre en flor» (Manjón).

¿Cuál será su porvenir? ¿Será santo? ¿Será un héroe? ¡Misterio!... El niño es una planta delicada, ¿qué vientos la agitarán?, ¿en qué ambiente se criará?... El niño no siente odio, ni envidia..., cree con facilidad cuanto se le dice. Tal es su disposición.

Alrededor del niño hay buenos y malos sembradores de ideas. Lo propio es encauzarlo hacia Dios, que es su último fin, pues «*no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna*» (Heb. 13, 14).

Los Papas han dado con frecuencia su voz de alerta en favor de la infancia:

«Es arte difícil y laborioso el de formar bien las almas de los niños, almas tiernas... en las que una influencia funesta o un culpable descuido pueden dejar huellas indelebles» (Pío XII, 26-10-1941).

«Se usan todas las artes para que los jóvenes y los niños sean excitados al abandono de la fe y de la moral cristiana y se vean privados de aquellos principios y de aquellas normas que deben informar esta tierna edad y que constituyen la salvaguardia de su inocencia, el alimento de la virtud y la condición para no ser ciudadanos indignos del nombre cristiano» (Pío XII, 1951).

«Los enemigos de la religión y de la sociedad humana, con un espíritu diabólico, ponen en juego sus artificios, para lograr la perversión de los entendimientos y corazones de los jóvenes desde su primera edad» (Pío IX. «Nostis et nobiscum»).

Hoy está entablada una lucha en el mundo: marxismo o comunismo materialista por un lado, y el catolicismo por otro; la escuela atea y la es-

cuela católica. Si examinamos lo que está sucediendo en todas las repúblicas socialistas marxistas, veremos que están atacando continuamente a la Iglesia y para hacerse con el alma de los niños prohiben la enseñanza religiosa en las escuelas y esto está sucediendo en Checoslovaquia, Bulgaria, Albania, Cuba, Rusia, etc., y para que se vea con más claridad como quieren conquistar a los niños pondré el ejemplo de Rumania entre otros muchos. He aquí las palabras de su presidente Ceausescu en un discurso al Congreso de los sindicatos rumanos: «Estáis obligados a contribuir cada vez más activamente a la política del partido que consiste en modelar al hombre nuevo de nuestra sociedad... Hay que englobar a los niños desde una tierna edad (de cuatro a siete años) en el proceso de la educación comunista...

Otra manera de conquistar al niño para el ateismo es corromperlo, como ahora veremos.

Dejad que los niños se acerquen a Mí...

Clemente de Alejandría, hijo de padres paganos, convertido a la religión católica, fue un hombre de vasta cultura, y viendo la gran fuerza educadora del cristianismo, en las catequesis que reunió con el título de «El Pedagogo» cuando era director de la escuela catequística de Alejandría, decía a sus cristianos: «Aquiles tuvo como preceptor a Fénix, los hijos de Creso fueron instruidos por Adrasto, Alejandro por Leónidas, Filipo por Nausito..., pero nuestro particular pedagogo

es Jesucristo, Dios santo, luz del mundo, Verbo del Padre; este Dios clemente y bueno es nuestro pedagogo».

Y, ¿qué hacía Jesucristo, el Divino Pedagogo cuando andaba entre los hombres? Él, que vino a salvar a todos los hombres, les dio muestras de gran amor y especialmente a los niños a los que prodigaba sus caricias por su inocencia, por su pureza, y era tan grande este amor, que al ver que sus discípulos reñían a las personas que venían a presentarle los niños a fin de que los bendijese, y querían apartarlos de Él (aunque lo hacían por amor al Maestro, por delicadeza, para que no se cansara...), *«lo llevó muy a mal»* y los *reconvino*: «Dejad que vengan a Mí los niños, *y no se lo estorbéis»*.

Por tanto, los niños, las primicias de la sociedad, las primicias de la familia, deben tener amplia libertad para acercarse a Él , y a Él quiere que se los conduzcamos.

En el curso de la historia se ha repetido la escena; pero con intención torcida. Enemigos encubiertos o declarados del Divino Salvador, hicieron todo lo humanamente posible para «estorbar» que los niños, los adolescentes, los jóvenes se acercasen a Cristo. Ya el emperador Maximino, perseguidor de la Iglesia, mandó a los maestros de escuela que distribuyesen entre sus alumnos libros anticristianos, y aún más, que los empleasen como texto, y esto es lo que está sucediendo en nuestros días.

No ha mucho apareció un libro titulado «Comienzo a ser mayor» por un tal doctor J. A. Ra-

mos «para niños de siete a diez años», que es un verdadero atentado a la inocencia y un atropello a la moral de los niños. Este autor se aventura a dar lecciones de sexualidad que no vienen a cuento a la edad que lo destina y sólo sirven para excitar las pasiones y arrastrar más al vicio que a la virtud, pues les dice cómo ha de hacerse la masturbación y el coito. Además no es una educación apropiada para los niños, por no haber llegado a la edad de la pubertad, y por lo mismo en vez de formar a la juventud, la deforma y la corrompe poniéndola en el camino del vicio de la impureza, cuyo vicio envilece y esclaviza y hasta pervierte la inteligencia...

Con este libro se contribuye a apartar a los niños de la fe y a que haya más libertinos en la sociedad, y así se fomente toda clase de vicios, de robos y de crímenes... Con tal educación lo que se consigue es desterrar la religión y minar la estabilidad del Estado, que es lo que vino ya a decir el filósofo Platón: «Aquel que destruye la religión, destruye los fundamentos de toda sociedad humana, porque sin religión no hay sociedad posible», y como dijo también Napoleón: «Sin religión los hombres se degollarían por la menor insignificancia». Y si preguntamos por qué en nuestra sociedad actual hay tantos crímenes, robos y secuestros, la respuesta es clara: Porque no se practica la religión que manda: «no matar, no robar...», y no existe temor de Dios.

Los enemigos de la religión, además de infiltrar en los corazones de los niños ideas ateas, buscan el medio de corromperlos y alejarlos de

la fe de Cristo, y este es un gran mal que redunda en perjuicio de la sociedad...

El ámbito de la educación. Educación sexual

La educación abarca un campo extenso, dadas las inclinaciones, las virtudes y vicios de las personas: educación del carácter, de la libertad, la educación sexual... el refrenar las pasiones del orgullo, del egoismo, pereza, etc.; pero todo se reduce a una enseñanza básica: *la Religión*, la cual ofrece para todos estos y múltiples casos los remedios oportunos.

A los niños hay que explicarles bien el concepto verdadero de libertad y de responsabilidad, el valor del dominio de sí mismo, la belleza que encierra la virtud y la fealdad del vicio y de todo pecado.

Expondremos aquí unas ideas sobre la educación sexual para contrarrestar explicaciones peregrinas que arrastran a la juventud más al vicio que a la virtud, y así tener ideas claras.

El Concilio Vaticano II al hablar de la educación de los niños y de los adolescentes, dice: «Hay que iniciarlos, conforme avanza su edad, en una positiva y prudente educación sexual» (EG. 1).

Hemos de reconocer que hoy se habla y se escribe mucho y demasiado de «educación sexual», haciendo gráficos del cuerpo humano con demasiado realismo, y se habla no sólo de escuelas mixtas, sino de colegios mayores y hasta se quiere generalizar con ejemplos de casos aislados el método de «coeducación»...

¿Cuándo hay que dar la educación sexual?

La educación sexual debe darse cuando la naturaleza pida estos conocimientos, y por lo mismo ésta, en general, debiera omitirse en el niño, porque en sí no sirve más que para prender en él prematuramente una curiosidad que no tiene a sus años, y forzar las cosas es, sin duda, absurdo y reprobable.

En los jóvenes —llegada la edad de la pubertad— está bien esta educación siempre que sea, como dice el Concilio, *positiva y prudente,* o sea, discreta y oportuna, y a su vez sin forzamientos ni imágenes que turben la mente de los chicos. ¡Cuántos de los que estaban con ideas muy lejanas de los misterios de la vida les han sido contraproducentes ciertas lecciones de sexualidad y les han causado enormes daños!

A un padre de familia oí esta frase, sobre la que conviene reflexionar: «Yo quisiera para mis hijos aquellos profesores que, hablándoles de estas materias, los tranquilizaran y, después de haberlos oído, salieran de su charla con mayores deseos de defender y conservar su pureza. Estos serían los maestros más aptos, y no los que influyen en la pérdida de ella».

Si hoy en vez de dar una enseñanza, sobre esta materia, de una manera descarnada e inmoral a base de revistas o de libelos con caricaturas pornográficas, se hablase a los niños y a los jóvenes del modo de vivir en castidad con entusiasmo (y

más por lo que hace a aquellos que no la han perdido), no hay duda que se obtendrían excelentes resultados.

No creo se pueda ir contra los principios donde se asienta la moral cristiana, y que se dé una enseñanza que sirve solamente para abrir los ojos al mal y conducir a los niños y a los jóvenes a la pérdida de la pureza, y así tener que llorar después funestas consecuencias...

La alegría nace de corazones puros, y cuando vemos a la juventud, llegados los años de la pubertad, que se halla triste, desobediente a los padres y malhumorada..., ¿qué remedios se le deben proponer entonces para recuperar la alegría perdida?

Es triste tener que oír algunas lamentaciones después de ciertos medios educativos modernos, como el de una chica que dijo: «Hasta los 17 años en que conocí la realidad del «bien y del mal» en materia sexual por una mala compañía, había sido muy feliz, puesto que hasta entonces había saltado, cantado y gritado con una alegría tan grande como no la he vuelto a tener jamás». ¿Cómo educar para que la juventud tenga una alegría pura y perseverante?

¿Cómo hay que dar la educación sexual?

El Vaticano II dice que «se inicie a los niños y adolescentes, conforme avanza la edad, en *una positiva y prudente* educación sexual». Y ¿cómo debe darse? Los primeros educadores de sus hijos

son sus padres y deberán educarles *individualmente* en esta materia (pues paternalmente podrán decirles: Mira, hijo, a tus años yo sentí lo que tú puedes sentir y te prevengo para que no vivas angustiado...), y los profesores pueden hacerlo también e incluso *en común*, con pequeñas variantes de los padres, llegada la ocasión oportuna, de este modo:

Niños: voy a deciros algo muy importante de un problema que os interesa saber para que no viváis acongojados o preocupados..., sino alegres en todo momento. Se trata del problema de la pureza. Mirad: todos hemos sido niños como vosotros y todos más o menos a esa edad de los 12 a 14 años, como hijos de Adán, hemos sentido el instinto de las pasiones de la carne o ciertas inclinaciones ante el descubrimiento del sexo contrario, con su atractivo y el sensualismo consiguiente y también con sus placeres o remordimientos...

Los pensamientos feos o malas inclinaciones y deseos se deben desechar de la mente, y no queriéndolos o no consintiéndools no son pecado... y se debe luchar por no caer en impureza y evitar toda ocasión de pecado... Todo acto impuro o pecado torpe es pecado grave... Bastará así decir una idea general para poner alerta contra el mal de la impureza y no bajar a particularidades, pues es tal nuestra inclinación al pecado, dijo Pío XI, que muchas veces de las mismas cosas que se dicen para remedio de los pecados, se toma ocasión e incitación para el mismo pecado.

El matrimonio nace del *amor humano*, del

amor a un hombre...; mas *la virginidad* nace del *amor sobrenatural*, del amor de entrega a Cristo, y por los ideales que Él propone en su Evangelio, muchas jóvenes por amor a la pureza renuncian al matrimonio para entregar su corazón por completo a Dios y en bien de los pobres, de los necesitados, de los enfermos, de los niños..., y así vemos que hay jóvenes que se hacen religiosas, o se consagran a Dios para servir en hospitales, en colegios, en misiones... y en vez de tener hijos materiales los tienen espirituales, a los que procuran educar para que amen y alaben a Dios...

Igualmente muchos jóvenes se vencen por no caer en la impureza y para conservarse castos frecuentan los sacramentos, y se han hecho sacerdotes, y si renunciaron a formar una familia particular, no lo hicieron por falta de amor, sino por un amor mayor y sobrenatural, y se vencieron y se sacrificaron por un sublime apostolado con el que querían agradar más a Dios en bien de sus hermanos los hombres...

Los jóvenes en la edad de las pasiones deben respetar a las chicas y luchar por conservarse castos, y si algún día Dios los llama por el camino del matrimonio, sus relaciones deben ser nobles y castas y no dejarse arrastrar de la deshonestidad, pues así su matrimonio será más feliz y tendrán hijos debidamente sanos...

Voz de alerta de la Iglesia

Pío XII en un discurso sobre la Familia Humana (18-9-1931) dice: «...En este terreno (el

sexual), la opinión pública se ha encontrado pervertida con una propaganda (escritos, libros y artículos tocantes a la iniciación sexual) que, sin duda, hay que llamar funesta...», y sale al paso de la «prensa o la ilustración erótica y obscena, que intencionadamente busca la corrupción o explota vergonzosamente, por vil interés, los más bajos instintos de la naturaleza decaída...».

También estaría bien que los educadores leyesen la Encíclica «*Divini illius Magistri*» de Pío XI en la que dice cuan peligroso en grado extremo es, además, ese naturalismo que en nuestros tiempos invade el campo de la educación en materia delicadísima cual es la honestidad de costumbres, y por eso luego aconseja sea sostenida la débil voluntad con los medios de la gracia...

La Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe (29-12-1975) ha publicado una «Declaración acerca de ciertas cuestiones de ética sexual», que el educador ha de tener en cuenta, pues como en ella se nos dice, «es importante que todos tengan un elevado concepto de la virtud de la castidad, de su belleza y de su fuerza de irradiación. Es una virtud que hace honor al ser humano y que le capacita para un amor verdadero, desinteresado, generoso y respetuoso de los demás...» (núm. 12).

En este documento queda expuesto con gran claridad que la unión sexual antes del matrimonio, las relaciones homosexuales y la masturbación son pecado grave.

La doctrina de la Iglesia en este punto está clara. El Catecismo Católico dice: «Pecan contra

la pureza los que consigo o con otros cometen acciones deshonestas, y los que voluntariamente se ponen a sí mismo o ponen a otros en peligro de cometerlas. Los pecados contra la pureza, cometidos con pleno conocimiento y consentimiento, son siempre graves».

Tú aprecia la virtud de la pureza por estas razones:

1.ª Porque la pureza comunica paz y alegría al alma, y la dispone para todo lo bueno con una mayor capacidad de amor, mientras la impureza acarrea la pérdida de la paz, de la alegría y de la felicidad, y envilece el amor.

2.ª Porque el vencimiento de los pecados torpes proporciona salud corporal, mientras que la caída en ella acarrea la ruina de la salud espiritual y corporal.

3.ª Porque la pérdida de la pureza trae como consecuencia el olvido de Dios, la ceguera de la mente, el endurecimiento del corazón, la pérdida de la fe y la impenitencia final.

4.ª Porque la pureza hace a los hombres semejantes a los ángeles, mientras que la impureza los hace esclavos.

Los lujuriosos, dice San Pablo, «los que viven según la carne, no pueden agradar a Dios» (Rom. 8, 8).

Antiguo y nuevo método de educar en la pureza

Después de lo que llevamos dicho de la pureza, solamente diré que en vez de hablar del vicio des-

caradamente, importará hablar de éste con las mismas palabras de Jesucristo para condenarlo, y hablar de la virtud angélica para ensalzarla y mover a todos a ser más puros y castos.

El método desde los días de Jesucristo, y a través de todos los siglos (máxime a partir del III, según los escritos de San Cipriano, San Ambrosio, San Jerónimo y otros muchos), ha consistido en ponderar y ensalzar, en general, el valor y la belleza de la virginidad y de la pureza como fuente de alegría, de dicha y de paz, haciendo ver como ella es honra de los cuerpos y ornato de las costumbres..., y, sobre todo, en hacer observar el 6.° y 9.° mandamientos de la ley de Dios, condenando el vicio de la impureza, del que dice el apóstol «ni se nombre entre vosotros» (Ef. 5, 3); no hay duda que, bien explicados dichos mandamientos, sabemos qué mandan y que prohiben... De esta manera tenemos principios básicos para esta educación.

Jesucristo hablando de la virginidad dice: *«No todos entienden este don, sino aquellos a quienes ha sido dado, pues hay eunucos* (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), *que se hicieron tales a sí mismos por el reino de los cielos»* (Mt. 19, 12).

Según esta doctrina, notemos que en la Iglesia hay una clase de eunucos o inhábiles para el matrimonio, no en el cuerpo, pero sí en el espíritu, que *voluntariamente* se abstienen del matrimonio para ser más gratos a Dios, pues por la castidad se consagran «sólo a Dios con corazón no dividido». Ella ennoblece y eleva a las almas. «El que

se sienta capaz de este don, adelante». Seguir este camino es de almas valientes, pues con su fuerza de voluntad apoyados en la gracia de Dios, son los triunfadores.

Hemos de tener también presentes los siguientes textos de San Pablo, cuya doctrina —que es la de la Iglesia— nos habla claramente de la gravedad del pecado sexual, y esto debe mover a los jóvenes a respetarse mutuamente, reprobando todo tocamiento corporal y chanzas groseras:

«*Las obras de la carne son manifiestas, a saber: fornicación, impureza, lascivia..., quienes tales cosas hacen no heredarán el reino de Dios*» (Gál. 5, 19 s.).

«*La fornicación y cualquier género de impureza ni siquiera se nombre entre vosotros..., pues habéis de saber que ningún fornicador o impuro... tendrá parte en la heredad del Reino de Cristo y Dios...*» (Ef. 5, 3-7).

Lo dicho bastará para saber cómo se debe educar a la juventud en este problema de la pureza y para que todos se den cuenta de la gravedad y fealdad del vicio impuro.

Educación para una vida pura

La educación cristiana de la juventud, como podemos observar, requiere una verdadera formación religiosa y poner los medios tradicionales para vencer la sensualidad. Sin esta educación, y más siguiendo la enseñanza del libro «Comienzo a ser mayor», de que antes hablamos, por

ser corruptor de los niños, no habría vocaciones religiosas ni sacerdotales. He aquí, pues, lo que necesitamos para llevar una vida pura:

1.° *Tener sentido pleno de Dios.* El cristianismo debe comprender y hallar a Dios en la soledad como en el trato con otros..., debe vivir una vida digna, y para no ser esclavo de la pasión debe luchar y esforzarse para no dejarse arrastrar de ella. Al joven hay que hacerle ver los grandes beneficios que le sobrevendrán del vencimiento de las pasiones como son: paz, alegría, salud espiritual al alma y salud corporal... y especialmente en orden al bien de los hijos, si Dios los llama al matrimonio. (Véase mi libro: «*Joven, levántate. ¿Cómo vencerás las pasiones?*».)

2.° *Necesidad de la formación del respeto a los demás,* esto es, tener conocimiento del valor de toda persona, por su dignidad de bautizada y por ser templo de Dios. Esto exige cortar libertades o vulgaridades y bajezas del lenguaje y ciertas conversaciones que hieren la misma dignidad humana y se oponen a la caridad y a la castidad. Este respeto a las personas implica respecto del cuerpo, tanto propio como de los demás.

3.° *Tener sentido de la malicia del pecado,* porque éste aleja de Dios, y tener también conocimiento del valor del sacramento de la penitencia, porque la confesión no sólo borra el pecado y hace levantar de la caída, sino que sirve para obtener la gracia y la delicadeza de conciencia y dar más fortaleza de ánimo para no caer y seguir luchando contra las pasiones.

4.° *Poner los medios para una vida pura,* pues

ninguno se debe creer tan fuerte y firme como si fuera capaz por sí mismo de resistir las satisfacciones del mal... A este fin hay que reconocer la necesidad de poner en práctica estos medios tradicionales: Después de poner los medios humanos: decisión firme de la voluntad, energía de carácter, no estar ocioso y huida de las ocasiones de pecado, hay que *echar mano* de la oración, de la mortificación de los sentidos, «tener una sólida y ardiente devoción a la Virgen Madre de Dios» (tan recomendada por Pío XII) y frecuentar los sacramentos.

No se pueden despreciar como «anticuados» estos medios utilizados tradicionalmente para vencer la sensualidad, porque son medios que se fundan en la autoridad divina y en su santa ley.

El deber y el derecho a la educación

«La educación que abarca a todo el hombre, individual y socialmente, en el orden de la naturaleza y en el de la gracia, pertenece a estas tres sociedades necesarias: la familia, la Iglesia y el Estado, en una medida proporcional y correspondiente a la coordinación de sus respectivos fines, según el orden actual de la providencia establecido por Dios» (*Pío XI*. D. I. Magistri).

Como el niño es de los padres, a ellos pertenece el primer derecho de educarle. Santo Tomás lo dice así: «Es de derecho natural que el hijo, antes de tener uso de razón, esté bajo el cuidado del padre; por donde sería contrario a la justicia

natural el que el niño, antes de tener uso de razón, se viera sustraído a los cuidados de los padres, o se dispusiera de él contra la voluntad de los mismos» (2, 2 q. 10, a. 12).

«La familia, dice también Pío XI, tiene inmediatamente del Craedor la misión, y, por tanto, el derecho de educar a la prole, derecho inalienable por estar inseparablemente unido con la estricta obligación, derecho anterior a cualquier derecho de la sociedad civil y del Estado, y, por lo mismo, inviolable por parte de toda potestad terrena», pues es necesario reconocer, como ya dijo a su vez Pío XII que «la persona y la familia son por naturaleza anteriores al Estado...». De aquí que sea falso que la prole pertenezca antes al Estado que a la familia y gran error afirmar que los derechos de los padres sobre la educación de los hijos se derive de la ley civil.

Juan Pablo II ha puntualizado varias veces este tema, en España en su discurso «a los educadores en la fe», en discursos a las familias cristianas, y últimamente en la «*Carta de los derechos de la familia*», presentada por la Santa Sede (22 octubre 1983).

La Iglesia, que engendra a los niños en la vida sobrenatural y recibió de Jesús el encargo de educar a los fieles, tiene de un modo supereminente e inalienable la misión educadora. El Estado tiene en la educación de los *hijos* el derecho y el deber de completar lo que la familia comenzó y no pudo terminar, y el derecho y el deber de suplir —no de suplantar— la función de la familia; en la educación de los ciudadanos tiene derechos

propios: fomentar la cultura física, proveer a la formación profesional para ciertos cargos necesarios a la sociedad civil (policía, milicia, etc.)...

Las palabras de Jesucristo, fundador de la Iglesia: «*Id, enseñad a todas las gentes...*», y las frases en la que se mostró el gran Amigo de los niños: «*Dejad que los niños se acerquen a Mí*», y las primeras leyes que se han dado en defensa de los mismos, por decirlos con palabras de Mons. Tóth, «confieren a la Iglesia un derecho sobre ellos. Y la persistencia incontrastable con que ella luchó siempre por tal derecho, es la mejor prueba de que siempre tuvo la convicción de poseerlo por voluntad divina. La sociedad fácilmente se contentaría con el juicio de Salomón, partiendo el alma del niño: se le ha de dar educación moral; démosle, pues una «moral... laica». Exactamente como aquella mujer que habría consentido en partir el niño, porque... no era suyo. Pero la Iglesia no lo acepta porque ella quiere toda el alma».

Corrientes de impiedad. La pedagogía atea, la idolatría del Estado, el error de confundir la educación con la instrucción, la primacía que muchos conceden a ésta sobre aquélla, la guerra solapada o abierta que se hace a la familia y a la Iglesia... se juntan, como en un gran ejército, para apoderarse de los niños y de los jóvenes, alistarlos sobre sus banderas y dirigirlos a la conquista de unos objetivos impíos o ilegítimos por desordenados. El mal cunde y los resultados pueden ser desastrosos (*Docete*. Koch-Sancho).

El caso elocuente del Papa Pío XI. Por el de-

recho de educar puso en peligro una de las obras más gloriosas de su pontificado: la solución de la cuestión romana y el Concordato con Italia.

Mussolini pensó y dijo con espíritu dictatorial: para otro régimen que no fuese el nuestro, podría parecer prudente despreocuparse de la juventud. Para nosotros, no; para nosotros es cuestión vital. Y consecuente con este criterio, se propuso acaparar la educación; quiso formar él solo, con la ayuda y las normas de su partido, a toda la juventud italiana, negando el derecho de vivir, o por lo menos de moverse en tal campo, a la juventud de Acción Católica.

El Papa Pío XI, temple de acero, carácter firme, tenaz, inconmovible —como podía serlo Mussolini—, pensó también que para los católicos era cuestión de vida o muerte la cuestión de la educación; no vaciló en oponerse enérgicamente al dictador, cuando éste era el amo absoluto de Italia y era temido de muchas cancillerías, cuando amenazaba eternizarse la Cuestión Romana y cerrarse definitivamente el paso al hecho diplomático que el orbe católico esperaba. En consecuencia, la educación cristiana ¡es una cuestión de vida o muerte!, y siendo importantísimo el derecho que tienen Cristo y su Iglesia de dirigir a los niños y a los jóvenes, ¡no se lo estorbéis!...

La buena educación de los hijos

Interesa grandemente la educación y la formación de todos desde pequeños, pues como di-

cen los Proverbios: «*Instruye al niño en su camino que aún de viejo no se apartará de él*» (22, 6), es decir, el joven seguirá hasta la vejez la senda por la que comenzó a andar desde su tierna infancia.

La instrucción y la formación que va recibiendo para la vida, tiene algo de parecido con la semilla que se va depositando en la tierra.

Plutarco, escritor griego del siglo I de nuestra era decía: «Para que produzca la tierra abundante cosecha, se necesitan tres cosas: buen cultivo, buen labrador y buena simiente. La tierra es el niño; el cultivador es el que le educa, y la simiente son los buenos principios que ha de recibir el niño».

La tierra sin cultivar produce abrojos y toda clase de malezas. El niño sin educar produce vicios. La tierra cultivada da frutos según la calidad de la misma. el niño educado da ciencia y virtud conforme a su capacidad y desarrollo intelectual, y para esto hay que ir formando su inteligencia y su libertad.

En el niño hay que arraigar todas las virtudes, máxime las teologales...

La buena educación de los hijos, es uno de los temas que se tratan en la Santa Biblia (Eclo. 30, 1-13). Vamos a copiar el pasaje y hacer breve comentario.

«El que ama a su hijo tiene siempre dispuesto el azote, para que al fin pueda complacerse en él. El que educa bien a su hijo se gozará en él, y podrá gloriarse en medio de sus conocidos.

El que enseña a su hijo será envidiado de su

enemigo, y ante sus amigos se regocijará en él. Si muere su padre, como si no hubiera muerto, pues deja en pos de sí uno igual a él. Durante su vida le ve y se alegra, y al morir no siente pena...

El que mima a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas, y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas. Caballo no domado se hace indócil, y el hijo abandonado a sí mismo, testarudo.

Halaga a tu hijo y te hará temblar; juega con él y te hará llorar. No te rías con él, no te haga sufrir y al fin rechines los dientes. En su juventud no le des alargas, y no disimules sus faltas.

Doblega su cuello en la juventud y tunde sus espaldas mientras es niño, no se te vuelva terco y desobediente. Educa a tu hijo y aplícale al trabajo, no vengas a tropezar por su torpeza».

Hemos de dar por supuesto que el niño tiene defectos. Contra las utopías de Rousseau está la experiencia diaria de cualquier padre. Y estos defectos hay que limarlos, corregirlos. Quien mima en lugar de corregir, no ama, sino quiere mal a su hijo.

Un caballo no domado se hace intratable, así el hijo abandonado a sí mismo no sabrá encontrar su puesto en la vida familiar y social. Sin roce que le lime, sin disciplina que le someta, será causa de continuos choques con los demás. Hay que doblarle la cerviz ya en la mocedad, empezar la educación cuando aún es niño. El niño es como un tierno arbusto; antes que crezca, hay que enderezarlo para que suba recto y gallardo.

Por tanto, aún en la tierna infancia cuando

todo lo suyo —aún sus travesuras, resistencias, obstinaciones— «hace gracia» a los padres, ¡cuidado!, no halagarle, no jugar ligeramente con él, porque luego vendrá el arrepentimiento. Y no hay que darle demasiados mimos, porque según va creciendo en edad se cree amo por haber sido siempre halagado y cree que todos deben agasajarle y se hace soberbio, caprichoso e insoportable.

Tampoco hay que soltar las riendas en la juventud del hijo; no consentir las «travesuras» —más graves que las de la niñez— del muchacho ya crecido. Siempre hay que instruirle, cuando niño, cuando joven y formarle en consonancia con su edad.

El que educa con amorosa firmeza a su hijo, el que le instruye y forma, hallará en él su consuelo, en él se verá honrado; la familia, los amigos se harán lenguas del padre y del hijo... Su hijo será su gloria. La obra alabará al maestro que la hizo. Mas, ¡ay de quien descuida el deber grave de la educación! Ha de prepararse para todo: quizá tenga que ir a mendigar su pan, porque el hijo le rechace; quizá haya de «vendar heridas», las propias, las que le causaron los golpes de un hijo sin entrañas. Y no podrá quejarse: él mismo se habrá hecho cómplice del deshonor del hijo.

En las sntencias de la Biblia, sobre todo en los Proverbios, que tratan de la corrección de los hijos, la palabra «*vara*» hay que entenderla, en general metafóricamente, como símbolo del castigo, de cualquier clase que sea. No obstante hay

que entender *vara* en su sentido propio cuando el contexto lo exige, por ejemplo en esta sentencia: «*No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá*» (Prov. 23, 13). Aun los pedagogos modernos reconocen que a veces no hay más remedio que recurrir a los castigos corporales, es decir, hay que saber dar algún cachete bien dado al hijo cuando comete alguna falta notable. El educador no debe hacerse cómplice del deshonor del hijo.

A los niños hay que saberlos corregir, alentar e incluso alabar si lo merecen. La alabanza a veces es perjudicial, porque puede hacer vanidoso al que la recibe; pero puede alentar y servir de recompensa. Es la voz que dice: «Has obrado bien». Veamos un ejemplo:

El padre de *Jorge Washington* había plantado en su jardín un árbol que cuidaba con esmero. Un día lo vio herido de muerte. «¿Quién es el miserable —gritó indignado— que ha hecho este destrozo? Si lo tuviese al alcance de la mano, le castigaría de lo lindo.» «Padre, soy yo», dijo en seguida su hijo, un niño de cinco o seis años.

Le habían regalado una pequeña hacha, y él la probó precisamente en el árbol privilegiado. Conmovido el padre por la franqueza. estrechó al niño entre sus brazos: «Has hecho mal en destruir el árbol que planté. Pero has hecho bien en confesármelo. Mi hijo tiene valor de decir la verdad».

Eso lo apreció infinitamente más que mil árboles de plata y frutos de oro. Este elogio valía más que el correctivo más duro.

El papel de la madre

El papel de la madre en la educación es básica y a veces insustituible. La madre es la primera escuela, la primera catequista, la primera educadora y el ángel custodio de sus hijos. Si éstos desde el principio tuvieron derecho a nacer, desde el nacimiento tienen derecho a su formación. Y si la norma suprema de la educación es que los niños lleguen a servir conscientemente a Dios, tienen también ellos el derecho de recibir una sólida educación religiosa. De este derecho nace el deber de los padres.

Juan Pablo II ha dicho: «El hogar debería ser la primera escuela de religión, como también la primera escuela de oración... En el hogar comienza la evangelización, en el hogar surgen las vocaciones y se desarrollan».

La época de la infancia es decisiva; los psicólogos dan por sentado que a los dos años tiene el niño un manojo de incipientes hábitos y un conjunto de impresiones vagas que perdurarán más o menos intensamente durante la vida entera. ¡Madres!, sembrad creencias y virtudes, cuidad este rico plantel. El niño va creciendo, sin que él mismo se dé cuenta, en el mundo religioso de la familia... ¿Creéis que el niño no se da cuenta de lo que hacéis y decís? El lo registra y encierra en su memoria; y salga o no salga más tarde a la superficie, obrará como obran el instinto, el carácter, el temperamento: en silencio y a manera de sugestión.

En las crisis del crecimiento antes de la pubertad, principalmente desde los dos años y medio de edad hasta los seis o siete, es vivo el interés de los niños por los temas religiosos. Les causa impresión profunda la idea de un ser superior, que todo lo ve y todo lo puede; les interesa los relatos de la Historia Sagrada... y los altos ejemplos de los Santos; se le van los ojos tras la pompa de la liturgia. Es la época del diálogo profundamente formativo. «Las lecciones de nuestras madres son las que dan tanta fuerza a nuestras opiniones morales y religiosas durante el curso de la vida; mamadas con la leche se perfeccionan con la razón, y, después de habernos entretenido en la edad de la infancia, nos sostienen en la edad de las pasiones». Un refrán dice: «Lo que se aprende con la leche en los labios, no se olvida con los años». (B. de Saint-Pierre).

«Así como Dios ha puesto en los pechos de la madre el primer alimento para el cuerpo de su hijo, así también ha puesto en su regazo maternal la primera escuela para la formación del fruto de sus entrañas» (Díaz Gómara).

— *Desde el final de la niñez hasta la formación completa.* Esta es una época peligrosa: crisis de creencias, de criterios morales, de sinceridad... En esta época deben activarse los habitos anteriormente adquiridos; los padres deben extremar las medidas de prudencia y haber conseguido ya la confianza de sus hijos; juntos resolverán las dificultades, y así podrán robustecer, con la ayuda de Dios, el espíritu religioso de los hijos...

— *Algunas orientaciones prácticas.* Hay que llenar de contenido religioso la vida doméstica. En los niños hay que sembrar ideas buenas aunque no las entiendan. Los años se encargarán de descifrarlas en su entendimiento y de hacerlas florecer en su corazón. Hay que instruirles: en el marco exclusivo de la familia durante la época preescolar; colaborando con los maestros desde la enseñanza primaria hasta la superior, sin dificultarles su trabajo.

También vale mucho orar en familia con la participación de los hijos, aun antes de que éstos obren con plena conciencia, enseñarles las primeras oraciones: el Padrenuestro, el Avemaría, etc., de mayorcitos llevarles al templo a la misa, a confesarse algunas veces al año o con la frecuencia posible, y así vayan conociendo el valor de la gracia...

La mejor educación es el ejemplo. Si un niño ve que sus padres rezan, que van a Misa, que hay en casa un ambiente religioso y no se oyen blasfemias o palabras feas, todo se le graba...

Los padres deben inculcarles la idea de un Dios bondadoso, de un Padre que está en los cielos y nos ve y nos escucha, y nos espera, más que la de un Dios terrible, preparado siempre a castigar... «Los padres de familia no olviden que, ni las escuelas, ni los centros catequísticos, ni nada en fin, les releva de la sagrada obligación de velar ellos mismos por la enseñanza religiosa de sus hijos» (Card. Guisasola).

Ejemplos que hablan de la influencia de la madre...

Mucho vale el ejemplo, la oración de una madre y la enseñanza del santo temor de Dios a sus hijos. Los siguientes ejemplos nos hablan elocuentemente:

1) *Cardenal Mindszenty:* ¡Con qué alegría me acuerdo todavía de los días de mi niñez! Nosotros, los tres hermanos, rezábamos con nuestra madre el Padrenuestro, el Avemaría, el Símbolo, los diez mandamientos y los cinco preceptos de la Iglesia. Al principio los consideramos todos como oraciones y no se nos ocurría que nuestra madre había empezado ya así nuestra instrucción religiosa. Ayunábamos antes de ir aún a la escueal el Miércoles de Ceniza, el Jueves y el Viernes Santos... Nuestra madre fue nuestra primera catequista. Nos introducía en las diversas ceremonias del año eclesiástico. Sin notarlo siquiera nosotros, íbamos haciendo acopio de un gran tesoro de conocimientos religiosos.

2) *San Francisco de Sales escribe: «(Aleth)* la madre de San Bernardo, madre digna de tal hijo, tomaba sus hijos en sus brazos luego que habían nacido, y los ofrecía a Jesucristo (hoy muchas madres al irlos a bautizar tienen la costumbre de ponerlos sobre el altar para ofrecerlos al Señor); y desde entonces los amaba con respeto como a cosa sagrada y que Dios se la había confiado: lo cual sucedió tan dichosamente, que en fin fueron todos siete santos».

Aleth enseñó a sus hijos ya en su tierna edad el amor de Dios y de la Virgen, la práctica de las virtudes. Y si al nacer sus hijos los ofrecía a Dios, al morir ella se despidió de ellos con una suprema bendición. Mientras estaban rezando los suyos en torno de su lecho, ella levantó la mano para trazar la señal de la cruz. Su mano quedó elevada como en un ademán de bendición interminable. Aleth había expirado.

3) *La oración de una madre escuchada.* En el pueblo de Krasic, de Yugoslavia, una madre profundamente cristiana ruega al Señor que el séptimo de sus once hijos sea sacerdote. Al parecer son otros los designios divinos. Aquel hijo abraza la carrera militar. La madre ora y hace penitencia. Tres veces a la semana ayuna, y todos los días reza con esta intención, y durante años, sin desmayarse.

En una aldea de Missouri, en Clyde, una madre, la señora Jaulic agoniza. La rodean sus trece hijos. Ella les revela un secreto: con sus economías, céntimo por céntimo, ha ido reuniendo un capital; su deseo es que sea destinado para la formación de un sacerdote. Los hijos cumplen la voluntad de su madre, y las economías son destinadas en forma de beca al Colegio Germanicum-Hungaricum de Roma. El primero en disfrutar de la beca es el séptimo hijo de la madre yugoslava, el que, dejando la carrera militar abrazó el sacerdocio. El Vicerrector del Colegio en una carta manifiesta el agradecimiento del colegial, que promete ser un excelente sacerdote, para corresponder a su bienhechora. Este antiguo colegial del

Germanicum-Hungaricum es... el *Cardenal Stepinac.*

Valor de la oración en familia

1) *El ejemplo referido por el P. Arrupe S. I.* al principio de estar en el Japón. Fue llamado por una japonesa, madre de un niño y una niñita, católicos los tres. No lo era su marido. Lo que deseaba ella era que su hogar fuese consagrado al Corazón de Jesús. El misionero había de acudir a la casa un día que no estuviera el jefe de la familia, cuyo enojo y rigor temían. El día señalado acudió el P. Arrupe. Gran consternación: el marido se encontraba en casa; a pesar de todo resolvieron no aplazar la consagración.

Madre y niños, de rodillas rezaban fervorosamente. «Aún no habíamos acabado —cuenta el P. Arrupe— cuando de repente, de manera más inopinada se descorrió el "fusuma" que separaba nuestra habitación de la contigua, y apareció en el marco de la puerta el amo de la casa en una actitud que no parecía la suya... Nos miró un momento a los cuatro, y después, echándose a llorar como un niño, me dijo estas palabras: "Padre, quiero bautizarme". No dijo más. No podía. Estaba conmovidísimo por la gracia de Dios que había obrado en él de una manera que podríamos llamar milagrosa».

2) *Palabras de Pío XII a parejas recién casadas.* En una magnífica y tierna alocución (17-4-1940) entre otras cosas les decía: «¡Cuántos

deben su salvación a la oración cotidiana! Mas no siempre gozaréis de estos momentos felices de recogimiento. Tampoco a la audiencia del Papa habéis venido el uno sin el otro, oh, dilectos esposos. Id también en familia, digámoslo así a la audiencia del buen Dios. Recordad las palabras del Salvador en el Evangelio: «*Si dos de vosotros se reunieren en la tierra* (y estos dos que han de reunirse, ¿no son también en modo especial el esposo y la esposa que Dios ha unido?) *para pedir cualquier cosa, les será concedida por mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres personas congregadas en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos*» (Mt. 18, 19-20).

¿Habéis escuchado bien? De igual suerte que el Vicario de Cristo está en medio de vosotros en este momento, así también el mismo Cristo se hallará en medio de vosotros, bien que invisible, cuando oréis juntos... Futuros padres y madres, muy pronto la vista de vuestros pequeños ángeles terrestres, arrodillados junto a vosotros, con las manitas juntas y sus cándidos ojos fijados en la imagen de María traerá a vuestra memoria el recuerdo de los días de vuestra propia infancia...

Esposos cristianos, al postraros ante la divina majestad el uno junto al otro y rodeados por vuestros hijos, pronunciaréis con mayor confianza la suplicante petición: Padre nuestro... danos el pan cotidiano para toda esta familia que te presentamos».

Advertencia a las madres: Una madre debe amar mucho a sus hijos, ya desde antes de nacer, no impidiendo

jamás presentar nuevos adoradores a Dios. «No matarás al hijo en el seno de la madre, ni quitarás la vida al recién nacido» (Didaje 2, 2). «El Creador ha colocado en la familia la cuna de la vida, no el cementerio de la muerte» (Faulhaber).

«Los pretendidos remedios abortivos son... a veces más nocivos para la madre que para el hijo. Puede acontecer que acarreen la muerte de la madre, sin haber producido la expulsión del feto» (Clément).

«El "aborto terapéutico" debe desaparecer de nuestro lenguaje, de nuestros libros y de la práctica profesional dando el carácter de criminal a todo aborto provocado» (H. Alcorta).

«Quien negare la defensa a la persona humana ya concebida, aunque no nacida, cometería una gravísima violación del orden moral. Nunca se puede legitimar la muerte de un inocente. Se minaría el fundamento de la sociedad» (Juan Pablo II).

«Según un insigne ginecólogo, las tres cuatro partes de las enfermedades de la mujer proceden del abuso matrimonial. Un cirujano francés consigna que el cinco por ciento de sus pacientes eran madres con prole numerosa, mientras que el noventa y cinco por ciento no tenían hijos. *Borntrager* afirma que las prácticas anticoncepcionales causan más enfermedades y miseria de cuanto habrían podido ocasionar los partos».

La escuela...

Como, por lo general, no pueden los padres prestar por sí mismos la instrucción necesaria (con la que va siempre unida la educación) para el desenvolvimiento y seguridad de la existencia

de los hijos, están obligados a mandarlos a escuelas dignas de confianza. La escuela debe mirarse básicamente como representante de los padres, pues ellos son los primeros interesados en ella, por tener el derecho y el deber primario de la educación.

La escuela es una ayuda de la familia: debe completar la obra de ésta y suplirla en las deficiencias que ocurran. Ciertamente hay escuelas profesionales que corresponden por derecho propio al Estado; pero la escuela en general debe ser una extensión, una continuación de la familia. Esta ni cede sus derechos ni se libra completamente de sus deberes educativos. En el hogar debe vivir la escuela, y en la escuela debe sentirse el calor del hogar... La savia cristiana debe nutrir el espíritu del profesor y de los discípulos...

A la intención educativa de los padres católicos sólo corresponde plena y enteramente *la escuela católica,* a saber aquella escuela en la que la educación entera está animada del espíritu de la religión católica y así se garantiza la unidad del trabajo de formación; en ella se educa el pueblo de Dios... El éxito de las escuelas católicas depende esencialmente del personal docente, de su formación religiosa y moral y de su preparación especializada.

El más violento contraste con la escuela católica lo representa la escuela que se basa en el *ateismo* o en una doctrina contraria a la católica. Aquí amenaza a los niños católicos un peligro inmediato de la fe y de la vida inspirada por la fe, por lo cual los padres católicos sólo pueden en-

viar a sus hijos a tales escuelas, cuando se ven forzados a ello y la resistencia pasiva no ofrece esperanzas, y si hacen en casa todo lo posible para contrarrestar el peligro que crea la escuela (GE. 7 y 8).

También debe ser rechazada por los católicos la escuela *neutra*, que no se preocupa de la confesión religiosa de los alumnos (escuela *única*) y excluye la religión de la enseñanza y educación. Su peligro consiste principalmente es infiltrar la indiferencia religiosa...

La escuela *única* no cumple los deseos de los católicos, aun en el caso de que dé a sus alumnos *instrucción religiosa* separada según las confesiones...

Puesto que sólo la escuela católica puede satisfacer plenamente, los católicos, bajo la dirección de sus pastores supremos, atenderán a fundarla donde falta. Al Estado hay que pedirle que deje en este punto libertad a la familia y a la Iglesia y las apoye por medio de una correspondiente ayuda financiera (Ge. 8; DH. 5). Este deseo no parece injusto si se reflexiona que los padres católicos pagan impuestos, por los que se sostienen las escuelas únicas estatales que ellos no desean; si para crear las escuelas católicas que ellos desean quedan reducidos enteramente a sí mismos sin ayuda estatal, tienen que pagar doble por la escuela y son castigados por ejercer el derecho democrático de escoger libremente la escuela... La escuela es un asunto en que tienen justo interés la familia, la Iglesia y el Estado... (Dic. Moral Cristiana. Karl Hormanna).

Pío XI hablando de la educación dijo: «Es injusto e ilícito todo monopolio educativo o escolar, que fuerce física o moralmente a las familias o acudir a las escuelas del Estado contra los deberes de la conciencia cristiana, o aun contra sus legítimas preferencias... y es derecho inalienable de la Iglesia, y a la vez deber suyo indispensable, vigilar sobre toda la educación de sus hijos, los fieles».

«Alegría y corona del maestro, como de la escuela, es la perfección de los discípulos» (S. Ambrosio).

Dijo un día *Dupanloup:* «Desearía convocar... una asamblea de personas sobre quienes pesa una responsabilidad. Les mostraría tres bibliotecas: en la primera los nuevos papas del porvenir: V. Hugo (hoy diríamos Marx), Littré, Comte...; en la segunda, los grandes pensadores del pasado: Aristóteles, Platón, Pitáfioras...; en la tercera, un solo libro: el Evangelio. Y luego conduciendo un niño en medio de la asamblea, preguntaría a ese concilio de los responsables: ¿Cuál de estas tres bibliotecas ha de escoger como fundamento para la educación de este niño? Realmente, no habria otra contestación que ésta: «¡El Evangelio! ¡El Evangelio!»

La base de toda educación familiar y de la socidad debe ser la religión, el Evangelio predicado por Jesucristo. Lo podríamos comprobar con innumerables ejemplos, citemos solamente, para terminar, el dey rey Federico II de Prusia (1740-1746): Este hombre, muy avanzado, amigo de Voltaire y despreocupado de toda idea religiosa, notó

en los últimos años de su reinado que a medida que iba creciendo la irreligiosidad tomaba preponderancia los crímenes.

Entonces declaró públicamente: «He obrado, respecto de la religión, con demasiada ligereza. Con gusto renunciaría a la mejor ganada de mis batallas si con eso podía despertar en mi país nuevamente el amor de la religión». El ateismo conduce al vicio y al crimen. Por eso, los gobiernos que quieren borrar la religión en el pueblo son enemigos del Estado. Se impone el estudio de la verdadera religión en todos los colegios, porque cuando se vive sin religión y sin temor de Dios, continuará la violencia, los secuestros, el terrorismo, los crímenes y toda clase de males en una nación.

«Teme a Dios y guarda sus mandamientos, en esto está el ser y la felicidad de los hombres (Ecl. 12, 13). Dios lo dijo así por medio de Moisés: *«Ojalá cumpliéseis mis mandamientos para ser felices vosotros y vuestros hijos»* (Dt. 5, 29).